

Producción y difusión del feminismo en la posdictadura chilena: Los casos de La Casa de la Mujer La Morada, la Editorial Cuarto Propio, la Revista de Crítica Cultural y la Radio Tierra, 1990-2007¹

Production and dissemination of feminism in the Chilean post-dictatorship: the cases of La Casa de la Mujer La Morada, la Editorial Cuarto Propio, the Revista de Crítica Cultural and Radio Tierra, 1990-2007

CRISTINA MOYANO B.

Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia.
cristina.moyano@usach.cl
<http://orcid.org/0000-0002-4517-2688>

VALENTINA PACHECO P.

Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia.
Valentina.pacheco.p@usach.cl
<https://orcid.org/0000-0001-8702-5689>

Texto recibido em / Text submitted on: 09/07/2022

Texto aprobado em / Text approved on: 31/03/2023



Resumen. Este artículo analiza la formación de la red intelectual en la que se produjo, circuló y difundió un conjunto de saberes feministas entre 1990 y 2007, período que cubre casi dos décadas de posdictadura en Chile. El principal objetivo es historizar el funcionamiento de la red, sus agentes y los conceptos que ayudaron a construir los marcos cognitivos del feminismo contemporáneo, como uno de los saberes que formó parte de las “narrativas del malestar” y que criticó con fuerza el tipo de democracia y los procesos de democratización posterior a 1990, a partir de un cruce metodológico entre historia política e historia intelectual.

Palabras clave. Feminismo, redes feministas, posdictadura, Chile.

Abstract. This article analyzes the formation of the intellectual network in which feminist knowledge was produced, circulated and spread between 1990 and 2007, a period that covers almost two post-dictatorship decades in Chile. The main objective is to historicize the functioning of the network, its agents and the concepts that helped build the cognitive frameworks of contemporary feminism, as one of the forms of knowledge that was part of the “narratives of discomfort” and that strongly criticized the type of democracy and the processes of democratization after 1990, through a methodological intersection between political history and intellectual history.

Keywords. Feminism, feminist networks, post-dictatorship, Chile.

¹ Resultados de investigación asociados a los proyectos Fondecyt N° 1190059 y 2022000223INV de la Universidad de Concepción.

Introducción

El presente artículo indaga en la producción de conocimiento sobre “feminismo” durante la transición y posdictadura en Chile. Para ello, se describirá y analizará el circuito político-cultural compuesto por La Casa de la Mujer La Morada (en adelante La Morada) (1983), la Editorial Cuarto Propio (en adelante ECP) (1987), la *Revista de Crítica Cultural* (en adelante RCC) (1990) y la Radio Tierra (en adelante RT) (1991), en tanto espacios que articularon una red donde estos saberes se produjeron y circularon, intercambiando debates, posibilitando la emergencia y consolidación de nuevos conceptos y marcos cognitivos, que estructuraron la base de los saberes feministas entre los años 90 y los 2000. Este estudio, si bien se inscribe dentro de la historia reciente chilena, también se conecta con los esfuerzos transnacionales por comprender, desde distintos enfoques, los debates sobre los feminismos durante las posdictaduras, particularmente en Argentina y Uruguay (JAQUETTE 1996; TARDUCCI et al. 2019; TARDUCCI Y DAICH 2018; GÓMEZ GROPPA 2020; SOSA GONZALEZ 2020; DE GIORGI 2019; TORTEROLO 2011).

Esta red se describe como un circuito material e intelectual, desde donde se disputaron los relatos sobre el consenso, la gobernabilidad y la modernización, base narrativa de la transición a la democracia que, en su dimensión institucional, fue elaborada por intelectuales orgánicos de la Concertación de Partidos por la Democracia (MOYANO 2021b) que, a decir de la intelectual feminista Nelly Richard, “reprimió la heterogeneidad conflictiva de lo social, su pluralidad disidente” (2001: 228). Por ello, hemos considerado clave analizar: 1. Un espacio de producción de conocimiento e intervención en la esfera pública como lo fue la ONG La Morada, una de las más relevantes en los años 80 y que sobrevivió a la crisis de los centros académicos independientes; 2. La RCC que operó como espacio intertextual que puso en circulación muchos de los saberes producidos en La Morada y que hizo de puente con otros debates nacionales e internacionales, académicos, intelectuales y artísticos, situándose en un marco transdisciplinario y transnacional; 3. La ECP que se dio a la labor de editar y publicar temas vinculados a los saberes y sentires feministas, como objetivo político y cultural y; 4. un espacio de difusión radial, que amplió el espacio a auditores más activistas y que operó como dispositivo de re-construcción de identidades de militancias sociales que se conectaban con experiencias construidas durante la dictadura militar, permitiendo performar la realidad patriarcal que se experimentaba.

Sostenemos que este circuito se estableció a la luz de los declives del pacto transicional chileno en lo que respecta a la incorporación de las mujeres en

el horizonte democrático, siendo la creación del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) en 1991, una entidad insuficiente para atender las demandas femeninas gestadas durante la década de 1980 (PACHECO PARRA 2016; TESSADA 2013) y los desafíos que se abrían con el horizonte del retorno a la democracia. En segundo lugar, permitió establecer una amplia red de intelectuales a nivel nacional e internacional que profundizaron los debates en torno al género y el feminismo y que, además, propiciaron la creación de programas de estudios que apostaron por la democratización de las universidades y los saberes en Chile. Por último, esta red desmitificó lo que algunas catalogaron como la emergencia de un “segundo silencio feminista”, para denominar al período de desmovilización política del movimiento de mujeres que se habría producido en el período posdictatorial.

De acuerdo a lo mencionado, trazaremos las líneas de este circuito, centrándonos en el feminismo como un campo heterogéneo y diverso que disputó y debatió los signos, lenguajes y sentidos dentro de la sociedad chilena entre los años 90 y el 2000. Para ello, indagamos en esta red intelectual, sus miradas sobre el feminismo y los estudios de género, las discusiones en torno a la transición y posdictadura, en suma, cómo conceptualizaron y tematizaron este período que, no solo refiere a un “tiempo”, sino que también a una epistemología, para finalmente analizar los espacios de sociabilidad en los que se difundieron estos debates: seminarios, encuentros de carácter cultural, programas de estudio y una amplia producción de textos que marcan la trayectoria de una histórica discusión.

Metodológicamente este estudio conecta la dimensión material de la historia intelectual –resaltando tanto los espacios institucionales como los editoriales donde los lenguajes, conceptos y debates circularon situadamente–, con la dimensión performática de estos últimos, es decir, la acción ilocutiva de las narrativas feministas. Particularmente ponemos atención a las posiciones que ocuparon tanto las sujetas como las instituciones, identificando tipos de conexión, flujos e interdependencia, para dar cuenta de la cohesión y la transversalidad que fue alcanzando el debate dentro del complejo mundo de los feminismos contemporáneos.

1. Sobre el circuito: emergencias político-culturales

El circuito que explora esta investigación, refiere a las acciones y prácticas de sociabilidad que un conjunto de artistas e intelectuales articularon para responder a los resabios de la dictadura militar y, en segundo lugar, a

la transición a la democracia. Ambos momentos contiguos, llevaron a que estos agentes de la cultura y la política levantaran profundas críticas ante los modos, mecanismos y los espacios en los que se producían los sentidos sobre la realidad nacional. Sentidos profundamente resquebrajados que no dieron tiempo ni lugar a los significados de las experiencias vividas durante la dictadura, como tampoco a la reflexión sobre la construcción conjunta de una democracia inclusiva y amplia. De este modo, intelectuales y artistas a las que haremos alusión, observaron, a modo general, que el golpe militar fue una “perturbación radical de las formas en que era pensado y hablado lo social” (POBLETE 2007: 245), que transformó las experiencias y generó nuevas expectativas sobre la democracia por venir.

Varios y varias de los que contribuyeron con una mirada crítica, interdisciplinaria y transnacional, formaron parte de una resistencia que durante el periodo dictatorial estrechó los vínculos entre la política y la cultura. Así, las ciencias sociales, la literatura, las artes plásticas, escénicas, entre otras, al ser desplazadas de los espacios institucionales universitarios, encontraron en las ONG y Centros Académicos Independientes (MOYANO y GARCÉS 2020) instancias de encuentro y diálogo para desarrollar un conjunto de saberes de nuevo cuño y que no respondía a los cánones de unas ciencias sociales fuertemente intervenidas por la dictadura militar. Dentro de las muchas reflexiones gestadas, una de las que ocupó una parte importante de la producción artística e intelectual, fue la relativa al género, a la experiencia de organización de las mujeres en la lucha antidictatorial y el desarrollo del feminismo en la década de los 80 en Chile (PACHECO PARRA 2020). Esto porque, por una parte, las mujeres que se ocuparon de representar y (re)significar las experiencias, también formaron parte del movimiento de mujeres y feminista y, por otra, hicieron de su actuar una denuncia de la falta de espacios académicos e institucionales en las que dichos temas pudiesen enunciarse desde sus propias voces, cuerpos y subjetividades.

En ese contexto de tránsito entre dictadura y transición a la democracia, se articuló la red que conformaron La Morada, la ECP, la RCC y la RT, cuyo primer objetivo fue resistir ante el Estado que operó como un “censor cultural” (TILLE-VICTORICA 2017: 95) durante la dictadura, en conjunto con discutir los efectos de las políticas neoliberales en la cultura durante la transición. En segundo lugar, los actores que conformaron esta red se propusieron avanzar en la “rearticulación de un lenguaje social que permita salir de la mudez y enfrentar los desafíos” (POBLETE 2007: 245) de los nuevos tiempos; y, en tercer lugar, crear espacios en los que las mujeres pudiesen encontrarse para compartir sus pensamientos, reflexiones y producciones, dando forma a un nuevo circuito político-cultural feminista.

Existe un consenso bibliográfico en lo que respecta a la temprana organización de las mujeres contra la dictadura, primero integrando organismos de defensa de los derechos humanos gestados al alero de la iglesia católica y, más tarde, formando sus propias organizaciones (PALESTRO 1991). El caso de La Morada (1983) remite a una historia vinculada a la segunda de las etapas, donde destacan también “el Círculo de Estudios de la Mujer (1978) y posterior Centro de Estudios de la Mujer (CEM, 1983)” (PACHECO PARRA 2020: 115). Así, si bien el CEM y La Morada se compusieron casi por las mismas mujeres, el primero continuó con los objetivos del Círculo, en cuanto a ser un espacio para la producción de conocimiento sobre la condición de las mujeres; mientras que La Morada se definió como un espacio para “difundir en Chile las ideas del feminismo; insertarse en el movimiento organizado de mujeres; incidir desde la producción feminista, a través de talleres, educación y activismo político” (ARAYA 1999, citada en POBLETE 2007: 252).

La Morada, heterogénea en su composición, constituyó un espacio que defendió la autonomía política y organizativa del quehacer femenino. Por ella transitaban destacadas feministas como la socióloga socialista Julieta Kirkwood (que participó de su fundación), Margarita Pisano, Eliana Largo, Verónica Matus, María Antonieta Saa, Alicia Frohmann, Raquel Olea, Ingrid Droguett, Alejandra Valdés, Loreto Bravo, Edda Gaviola, Lorella Lopresti, Claudia Rojas, Ximena Valdés, entre otras que colaboraron de manera permanente o esporádica con dicha Casa. De distintas profesiones y sectores políticos se unieron bajo el interés de trabajar temáticas concernientes a la mujer y las relaciones socio-culturales en Chile. Algunas tuvieron cercanía con el feminismo de forma previa a la fundación de La Morada, participando en otras organizaciones de mujeres o trabajando en centros de investigación. Experiencias que se acoplaron en esta organización que “logró generar innovadores espacios de reflexión sobre temas políticos contingentes y otros como sexualidad, autoritarismo, reflexión sobre lo doméstico, las políticas de lo cotidiano y la identidad de género” (VERA 2013: 189). Con todo, a través de instancias de autoformación, difusión, educación y de activismo político, La Morada se perfiló como una activa organización que luchó por la recuperación de la democracia en Chile, al mismo tiempo de que reflexionó sobre los componentes que esta debía tener para las mujeres.

Una vez “recuperada” la democracia y los declives que esto significó para el movimiento de mujeres gestado en los 80, La Morada continuó sus actividades expresando sus serias dudas sobre el lugar que las élites de la Concertación tenían respecto de las mujeres y el contenido de género que asumía la nueva democracia. En 1994 La Casa se institucionalizó en la Corporación La

Morada, momento en el que convocó a una treintena de mujeres a asociarse y compartir “una voluntad política de mostrar el trabajo realizado a través de productos concretos, sean estos libros, mensajes radiales, redes de trabajo, propuestas políticas”, según recuerda Olea (2000b: 6). Así, aglutinaron a mujeres que nutrieron el objetivo de ser un espacio que “interroga simultáneamente a la cultura y la política, al saber y al poder, la palabra y la escritura” (MATUS MADRID 2000: 10).

Las experiencias de organización y de trabajo directo con mujeres de los más diversos sectores, se complementó con variadas formas de difusión de los contenidos, tal como fue el programa *Mujeres hoy* en la radio Nuevo Mundo (CASA DE LA MUJER LA MORADA 1989: 18). Teniendo como antecedente la buena recepción por parte del público y el aumento de sintonía, La Morada formuló en 1989 el proyecto de la Radio Tierra, que tuvo como propósito crear e implementar “un medio de comunicación social de mujeres para todas y todos aquellos que hagan suya la necesidad de contar con una tribuna que – desde la autonomía – permita la interlocución democrática” (CASA DE LA MUJER LA MORADA 1989: 19). Así, contando con el financiamiento otorgado por la agencia danesa KULU (POBLETE 2007: 251) a La Morada, salió al aire RT en agosto de 1991, declarándose como la primera radio feminista a nivel nacional que “ofrece una propuesta cultural desde el feminismo, tanto en su programación como administración” (RÍOS, GODOY y GUERRERO 2020: 57).

Los objetivos de la radio eran 1) propender a mejorar la situación de la mujer, fomentando su participación en los procesos de democratización; 2) diseñar y difundir nuevas estrategias educativas y comunicacionales que promovieran cambios en el rol de los medios de comunicación; 3) impulsar, fortalecer y articular a grupos y organizaciones que formaban parte del movimiento de mujeres; 4) aportar a la articulación e integración de las organizaciones de mujeres latinoamericanas; 5) propiciar en la opinión pública una visión crítica del acontecer nacional, internacional y regional; 6) promover procesos crecientes de autoestima y autovaloración de la mujer y, además, contribuir con una mirada crítica hacia la imagen femenina que estaba socialmente construida; y, 7) generar instancias de capacitación para los grupos y organizaciones de mujeres (CASA DE LA MUJER LA MORADA 1989: 23-24).

En concordancia con estos objetivos, en la RT tuvieron lugar voces plurales para fomentar nuevos sentidos democratizadores. Contando con conductoras, panelistas e invitados reconocidos por su trabajo en la cultura, la academia, la política y los movimientos sociales, la Radio se transformó en

“una especie de meta-actor social a cargo del desarrollo discursivo/comunicacional de las agendas de otros actores sociales” (POBLETE 2007: 254), particularmente de las voces críticas que comenzaban a estructurar una tenue pero sustantiva “narrativa del malestar” (MOYANO 2021a) y donde el feminismo tuvo un importante lugar.

Tanto La Morada como RT, tejieron estrechos vínculos con otro espacio de difusión de debates y saberes: La Editorial Cuarto Propio, fundada en 1987² por Marisol Vera, quien, tras su retorno a Chile a pocos días del golpe de estado, se integró a la resistencia política cultural. Al respecto, Vera comenta:

En los primeros tiempos estuve en un aparato clandestino partidario... Y de ahí poco después, transité al activismo cultural que dio origen a Cuarto Propio que transformó a la economista en editora, a la activista clandestina en activista de cambio cultural (2013: 188).

La experiencia de trabajar en el Fortín Mapocho, la influencia directa del Colectivo de Acciones de Arte (CADA) y la cercanía que tuvo con Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld, Carmen Berenguer y Nelly Richard, entre otras, contribuyeron a definir el principal objetivo de la editorial: “recoger y difundir la obra creativa y de reflexión crítica desde y hacia la mujer y, por supuesto, de quienes de distintos géneros estaban contribuyendo a articular un nuevo mapa de sentidos, desafiando el (des)orden constituido” (VERA 2013: 190-191). Así, la editorial que rescata el título de la obra de Virginia Woolf, tuvo la “voluntad de interrumpir los modos de representación y de distribución de imágenes hegemónicas del Otro, especialmente la mujer” (TILLE-VICTORICA 2017: 94).

La decisión de fundar una editorial en tiempos de censura y represión, con el fin de resguardar las producciones artísticas de resistencia, crear un espacio de reflexión para resignificar y nombrar el horror dictatorial, defender la diversidad cultural y la bibliodiversidad, incorporar textos pioneros y vanguardistas en términos de género y sexualidad, entre otros, fueron actos políticos de rebeldía e insubordinación contra el autoritarismo y la neoliberalización de la cultura. Dirigiendo su trabajo a un público específico (estudiantes, investigadores, críticos culturales, etc.), ECP se fue perfilando como una de las editoriales imposible de ignorar cuando se busca profundizar en pensamientos menos hegemónicos, monolíticos, excluyentes y restrictivos (VERA 2013: 187). Así, entre sus primeras producciones se pueden encontrar a in-

² La ECP realizó sus primeras actividades en 1984 lideradas por Marisol Vera y Fernando Balcells, que se reactivó en 1987 y Vera concretiza su proyecto en lo que hoy conocemos como Editorial Cuarto Propio.

telectuales y literatas como “Carmen Berenguer, Malú Urriola, Guadalupe Santa Cruz, Eugenia Brito, Diamela Eltit y Julieta Kirkwood. Posteriormente: Francisco Casas, Pedro Lemebel, Sonia Montecino, Nelly Richard, Willy Thayer, Jean Franco, entre otros” (PRADO 1996: 56).

Publicando a autoras y autores más o menos reconocidos, ECP apostó por ser un sitio de las voces que en otros espacios no tendrían cabida. Un ejemplo de ello fue el poemario *Hacer de la noche día* de Victoria Aguilera, pobladora que participó de un taller literario realizado por Diamela Eltit y Lotty Rosenfeld en la Población La Victoria. Dicha publicación “reflejaba las condiciones y las estrategias de supervivencia de los perseguidos y marginados, cuya voz había sido acallada por la dictadura” (CASTRO 2011: 144). El valor de esta publicación radicó en poner en circulación una doble voz enunciativa: la de dirigente poblacional y la de poetisa (ELTIT y ROSENFELD 1989: 3), resaltado por Eltit y Rosenfeld al señalar que el arte poblacional es un ejemplo de “resistencia cultural, al tejer y mantener la vigencia de un universo simbólico denunciador de las condiciones reales del habitar de millones de chilenos acosados por la cesantía y la violencia de una encarnizada periferia” (1989: 2). Este devenir de la letra, la lengua, y la escritura periférica, fue la columna que vertebró a Cuarto propio como un espacio editorial desde donde leer a intelectuales que rápidamente se fueron consagrando dentro del campo de la crítica literaria y a artistas que no necesariamente provenían del mundo académico, como aquellos que emergieron de la resistencia poblacional durante la dictadura.

Con el correr de los años, Cuarto Propio fue alcanzando presencia nacional e internacional: difundiendo sus publicaciones, asistiendo a encuentros como LASA (Latin American Studies Association), ferias de libros (CASTRO 2011: 147), participando en la fundación de la Asociación de Editores de Chile creada en el año 2000 (TILLE-VICTORICA 2017: 102), entre otras instancias en las que destacó su colaboración en el comité editorial de la RCC. Los vínculos con la Revista y en particular con su precursora Nelly Richard, es destacado por Vera al señalar que varias de las discusiones que se anidaron en la RCC fueron canalizadas también en Cuarto propio, sobre todo en lo que respecta a los debates sobre la posmodernidad que se estaban desarrollando en la academia norteamericana y que fue parte del contenido de la publicación que lideró Richard (VERA 2013: 191).

La RCC, en una línea similar a los espacios mencionados en las páginas anteriores, y en abierta continuidad con el trabajo realizado por la Escena de Avanzada; se definió como un espacio interdisciplinario para difundir y promover escrituras, lenguajes y representaciones “oblicuas” en el escenario pos-

dictatorial (RICHARD 1990). Así, a lo largo de sus 36 ejemplares, la RCC recogió diversas voces que, en disonancia o no, valoraron el arte como una expresión disidente de la política que da vida a un “sistema que resiste a cualquier sometimiento a un orden de sentido fijo” (ZAMORANO DÍAZ 2014: 190).

La RCC construyó importantes vínculos con círculos académicos nacionales e internacionales, a la par que abrió espacios a las voces críticas, en la academia, el arte y la literatura, permitiendo activar y profundizar en los dispositivos críticos que la Revista buscaba articular para repensar con otras claves conceptuales y teóricas, la cuestionada transición a la democracia (MOYANO y PACHECO PARRA 2022). Aquí radica una de las cuestiones cruciales de la RCC: la de invertir y subvertir los signos de la transición.

En esa línea, Karen Glavic destaca que la RCC tomó una postura con respecto a “la figura del intelectual como un productor de narrativas que pueden intervenir en el aparato social y político de una época” (2019). Destacan aquí las y los intelectuales como Diamela Eltit, la propia Nelly Richard, Pedro Lemebel, Willy Thayer, Eugenio Dittborn, Fernando Balcells, Eugenia Brito, Adriana Valdés, Carmen Berenguer, Raquel Olea, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian, Guadalupe Santa Cruz, entre otros y otras. Asimismo, publicaron y (re)publicaron a teóricos y teóricas internacionales como: John Beverley, Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Marta Lamas, Félix Guattari, Fredric Jameson, Chantal Mouffe, Judith Butler, Jacques Derrida y Josefina Ludmer (MOYANO y PACHECO 2022).

Así, la RCC, la ECP, la RT y La Morada, estructuraron una red contra hegemónica en la que circularon intelectuales y artistas críticos del modelo, instalando debates en torno al poder, la política, el género, la sexualidad y el feminismo. En dichos espacios se profundizó y amplió la noción de cultura, se redibujó la idea de la sociedad de la incertidumbre y se incorporaron lenguajes que remitían a la subalternidad, la otredad, la posmodernidad y nuevas categorías que permitieron realzar las nociones de la triada, antes mencionada, género-sexualidad-feminismo.

Dicho circuito no fue unidireccional ni estático, sino que tomó diversas formas conforme transcurrieron los años 90 y hasta entrada la primera década del siglo XXI. En la actualidad, este circuito aún permanece vigente, estando ausente materialmente solo la RCC que publicó su último ejemplar en el año 2007.

2. Tramas textuales y sociabilidad: agentes y agencias del circuito feminista

La red antes mencionada, formó parte de un circuito de intercambios que se materializó en distintas instancias para la producción de saberes, su reflexión y puesta en debate, a través de publicaciones, congresos, seminarios, programas de estudio, entre otros. Espacios que posibilitan observar el modo en que la RCC, la ECP, la RT y La Morada, formaron parte de la discusión política al interior del amplio campo de acción feminista.

Uno de los eventos literarios más relevantes de la década de los 80, fue el Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana realizado en agosto de 1987. Para Eugenia Brito, este congreso:

Significó el esfuerzo del borde más borroso del sistema por avanzar hacia los centros de poder y generar así, desde la producción literaria más interrogadora del contexto, una serie de preguntas tendientes a esclarecer cuáles son los mecanismos de significación de los códigos que nos han oprimido; qué exilios hemos padecido y qué formas posibles de liberación pueden ser puestas en marcha a través del trabajo de la escritora consigo misma y con el cuerpo social que la rodea (1990: 48).

Algunas de las escritoras que delinearon los contornos de ese borde borroso, fueron: Eugenia Brito, Carmen Berenguer, Diamela Eltit, Lucía Guerra, Eliana Ortega, Nelly Richard, Adriana Méndez, Sonia Montecino, Silvia Delfino, Beatriz Sarlo, Mária Russotto, Marta Contreras, Patricia Rubio, Carmen Rabell, Josefina Muñoz, Josefina Ludmer, Raquel Olea, quienes, desde una perspectiva latinoamericana, rescataron la voz y pluma femenina. Parte de las reflexiones que se realizaron en el marco de este Congreso, fueron recogidas por Brito y Berenguer en el libro *Escribir en los bordes*, publicado por la ECP en 1990 y ampliamente promocionado en la RCC.

Sobre el Congreso, Olea destacó el impulso que este significó para la creación de otras instancias referidas a la escritura-lectura de textos de mujeres, tal como lo fue “el taller Lecturas de mujeres, realizado en la Corporación La Morada que dos años más tarde, en 1989, organizaría otro congreso destacado, el Encuentro con Gabriela Mistral” (OLEA 2019b: 23), dentro del cual se presentaron distintas ponencias que se recogieron en el libro *Una palabra cómplice* editado por la ECP. Ahora bien, Olea se pregunta por qué el Primer Congreso de Literatura Femenina se nombró como “femenino” y no como “feminista”, aclarando elementos de contexto social y de represión en los que

se desarrolló este Congreso y que limitaron la denominación que podían promover públicamente. Sin embargo, esta decisión no empañó la naturaleza misma del Congreso y el deseo feminista de varias de sus participantes.

Junto con el Congreso que permeó profundamente en algunas decisiones editoriales de Cuarto Propio, esta realizó otras actividades en conjunto a la RCC y la RT, tal como lo fue el Concurso “Textos de Mujeres” realizado en 1997 y el “Seminario Políticas e imaginarios de la diferencia sexual. Feminismo a fin de siglo” organizado y gestionado por La Morada en 1998, en conmemoración de los 15 años de su existencia. Esta actividad patrocinada por la Fundación Rockefeller, la Agencia de cooperación holandesa Novib, la RCC, la Fundación Ford y la Universidad de Chile (OLEA 2000b: 6), fue para Olea:

Un lugar de interlocución inclusiva, en el que se pudieron escenificar posiciones, comunidades y diferencias, pero sobre todo abrir relaciones, hacernos más audibles para los otros/as, a la vez que transformarnos en audiencia receptiva para aquellos discursos menos cercanos (2000b: 5).

En el caso de este Seminario, la editorial LOM y La Morada participaron de una edición conjunta del libro *Escrituras de la diferencia sexual* de Raquel Olea, que se anidó en la colección “Contraseña” creada por ambas entidades. Dicho texto, también promocionado por la RCC, recopiló las ponencias presentadas en el Seminario, en el que participaron las más diversas voces³ que, a partir de un amplio diálogo, buscaron “construir (re)conocimientos cómplices, más que rendimientos transicionales” (OLEA 2000b: 6).

Las actividades que relacionaron a las entidades que conformaron el circuito estudiado, se caracterizaron por cohabitar los márgenes de la cultura y producir narrativas contrapuestas a las de la elite concertacionista, particularmente aquellas que se situaron en el SERNAM. Posturas que estuvieron acompañadas de esfuerzos por ir avanzando hacia ámbitos académicos institucionales, en un contexto donde las universidades volvían a retomar el rol como principales circuitos de producción de conocimiento sobre lo social. Para muchas feministas, era central ocupar el espacio académico, para darle una connotación que les permitiera disputar en mejores condiciones los lenguajes y las representaciones que, hasta ese momento, se mantenían en ciertos márgenes institucionales. Aquello se puede avizorar en la formación

³ El libro incorpora las ponencias de: Raquel Olea, Verónica Matus, Celia Amorós, Luisa Muraro, Olga Grau, Norbert Lechner, Tomás Moulian, María Antonieta Saa, Giselle Munizaga, Carlos Ossa, María Nieves Rico, Ana María Amado, Willy Thayer, Ximena Valdés, Sergio Zorrilla, Soledad Bianchi, Fernando Blanco, Pedro Lemebel, Diamela Eltit, Francine Masiello, Carmen Berenguer, Teresa Bustos, Guadalupe Santa Cruz, Lorena Fries, Francisca Pérez, Kemy Oyarzún y Sergio Rojas.

de programas universitarios como el Diplomado “Transición democrática: identidades sociales, prácticas culturales, lenguajes estéticos”, coordinado por Willy Thayer (director de la Escuela de Filosofía de la Universidad AR-CIS), Raquel Olea (presidenta de La Morada) y Nelly Richard (directora de la RCC). La RCC, que contó con el permanente patrocinio de La Morada y la ECP, también promovió el “Magíster en Estudios de Género y cultura en América Latina” de la Universidad de Chile, el “Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer” de la Universidad de Concepción, el “Programa Interdisciplinario de Educación y Género” de la Universidad de la Serena y el “Centro de Estudios del Género” de la Universidad de Santiago de Chile (REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL 1996: 30-31). Programas orientados a la democratización de los saberes en las universidades y que, en ocasiones, canalizaron parte de sus reflexiones a través de publicaciones en la ECP. Allí se fueron forjando complicidades e introduciendo categorías que estarán a la base de muchos de los actuales debates feministas y que forman parte del acervo conceptual de los estudios de género.

Un ejemplo de lo anterior fue la aparición de la *Revista Nomadías*, la cual en activa colaboración entre el Programa de Género y Cultura de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile y la ECP, se fundó en 1995. En su primer ejemplar (1996), destacan las contribuciones realizadas por Jean Franco y Diamela Eltit, quienes reflexionaron de manera crítica sobre la relación entre identidades, poder, constituciones de género y saberes (OYARZÚN 1996: 7); mientras que Sybila Arredondo, contribuyó con una interesante recopilación de testimonios de escritoras y agentes culturales como: Diamela Eltit, Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Raquel Olea, entre otros⁴.

Los vínculos entre todos los espacios, no radica solo en los y las intelectuales que compartieron, en los textos que se publicaron mutuamente o en las instancias que forjaron en conjunto, sino que también y, ante todo, por la urgencia de restituir la palabra y la escritura en un escenario tan ecléctico como lo fue el de la transición a la democracia. A menudo se piensa en este “espacio-tiempo” como un período en el que “no pasó nada”, pero la aproximación a este circuito nos da cuenta de la disputa simbólica, discursiva y de marcos de comprensión que implicó pensar y vivir la transición a una democracia que fue pensada e implementada con contornos rígidos. Un ejemplo de ello, fue la disputa en torno al concepto de género, que trascendió esos espacios y se tensionó con la apropiación instrumental que hizo el SERNAM del mismo. Según Richard, la categoría de género

⁴ Destacamos la *Revista Nomadías* para dar cuenta que esta red fue bastante amplia pero definible, profunda y heterogénea, con varios rincones aún por descubrir y problematizar.

Despertó fuertes sospechas por su dudoso origen, por su peligrosa indeterminación o ambigüedad semánticas que lo estigmatizaron como un vocablo “de contrabando” (ilegal). La noción de género fue acusada de incitar a la revuelta en un mundo de definiciones sexuales que la moral tradicional requiere mantener puro y natural, trascendente, es decir, basado en el esencialismo de una identidad originaria [...] que, en el caso de la mujer, deben hacer coincidir femineidad con maternidad y familia (2001: 232).

Así, ante la tensión con respecto a las “feministas institucionalizadas” –acusadas de neutralizar el concepto en un acto consensual con los sectores conservadores–, el circuito de la RCC, RT, La Morada y ECP, fue tanto espacio de trinchera como de un denso y sostenido espacio de producción artístico e intelectual que, al promover su conexión con el mundo académico nacional, permitió que las reflexiones que se estaban gestando en otras latitudes, circularan con mayor fluidez en el espacio nacional.

En ese marco destacan los vínculos de la RCC con la revista argentina *Punto de Vista* dirigida por Beatriz Sarlo y la revista mexicana *Debate Feminista*, con las cuales se republicaron mutuamente diversos artículos. En el caso de la Editorial Cuarto Propio se editó y reeditaron textos como *Un cuarto propio* de Virginia Woolf, *Sentido y sinsentido de la rebeldía* de Julia Kristeva, *Cruzar los bordes, traspasar fronteras* de Jean Franco, entre otros (CASTRO 2011: 147). Así, textos tan icónicos como *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista* de Julieta Kirkwood, ¿Un nuevo silencio feminista? *Transformación de un movimiento social en el Chile postdictadura* de Marcela Ríos, Lorena Godoy y Elizabeth Guerrero; poemarios de Stella Díaz Varín, Carmen Berenguer, Eugenia Brito; o narrativas disidentes como las de Pedro Lemebel y Francisco Casas; formaron parte de un repertorio que, a nuestro juicio, desmitifica el llamado apagón cultural que se le atribuye al período dictatorial. Aunque la censura primó en las políticas culturales del régimen pinochetista, la producción en la clandestinidad resistió políticamente a través del arte en su concepción más amplia. Por otra parte, la diversidad de publicaciones sobre temáticas de género, feminismo y sexualidad, se contraponen a lo que algunas participantes del movimiento social de mujeres denominaron como silencio feminista en la década de 1990.

Con todo, el circuito disputó los lenguajes con los cuales se representaba el sujeto femenino, a través de la producción escritural y teórica de mujeres con “hablas cruzadas por el poder de lo instituido y el designio de un cuerpo que lucha por ser signo” (OLEA 2000a: 58): el signo mujer.

3. Palabras torcidas: debates sobre el feminismo y la transición

Ahora bien, considerando la producción, las redes y los agentes que participaron del circuito, cabe resaltar que las cuatro entidades mantuvieron su convergencia temporal durante la transición a la democracia, un espacio de experiencia que comenzó a ser nominado y performado por estas narrativas feministas, dando cuenta de los debates, pero también de las tensiones que dicho movimiento enfrentó en esos años. Para Olea,

La transición y sus negociaciones han cerrado el lugar a lo que durante la dictadura fue una práctica política feminista propositiva de interrogantes a las formas tradicionales de hacer política, a las formas de constitución de las relaciones entre lo privado y lo público, a los fundamentos de la democracia (2000a: 57).

Esta transformación de la práctica política feminista que se venía gestando desde los 80, tuvo como base interna la propia fragmentación que el movimiento experimentó durante la transición. Momento en el que la radicalización del pensamiento autonomista de algunas organizaciones y la decisión de otras mujeres a participar de los espacios institucionales, académicos y partidarios; produjo rupturas profundas en el movimiento. Aunque en un primer momento las distintas organizaciones buscaron puntos de encuentro en lo que prometía ser el organismo encargado de recoger las demandas de las mujeres, el SERNAM (GÁLVEZ 2018: 295), este no logró canalizar las inquietudes y necesidades más urgentes de los sectores feministas, debido, entre otros motivos, a las presiones de los sectores más conservadores de la sociedad y a la intención de neutralizar el conflicto por parte del bloque concertacionista.

Los desafíos pausados sobre construir una identidad como movimiento de mujeres y la formulación de un proyecto unitario, llevaron a la escisión del movimiento. Aquello, para Verónica Feliu, se produjo debido a la pérdida del enemigo común que era la dictadura, por lo que “el movimiento de mujeres se dispersa, desdibujándose, en gran medida, como actor social” (FELIU 2009: 703). Esta comprensión del quehacer político feminista, llevó a que algunas mujeres sostuvieran la idea de que en la década de los 90 se experimentó un segundo silencio feminista⁵. Sin embargo, para Ríos, Godoy y Guerrero, la denominación de silencio tiene un

⁵ El primer silencio es el que Julieta Kirkwood identificó en el período posterior a la obtención del voto de la mujer en Chile y que se habría extendido por casi veinte años.

Sentido simbólico que va más allá de la realidad empírica (como quiera que esta sea medida e interpretada), pues se trata de argumentos que tienen resonancia y legitimidad en un contexto de creciente incertidumbre y que permite, por tanto, entender lo que de otra manera parece inexplicable: la aparente ausencia de un actor político feminista (2020: 79).

La ausencia es aparente, engañosa y furtiva: el símbolo de la ausencia, en este caso, alude lo que es una transformación del escenario feminista, mas no su silencio. La pregunta es entonces, ¿dónde estaba resonando el feminismo en los 90? Y ahí es donde nos encontramos con este circuito que solo es una muestra de lo que se estaba desarrollando en materia de género y feminismo.

Dentro del circuito, el feminismo operó como un “marco de análisis crítico de las relaciones entre marcaciones de género, asignaciones de identidad y reparticiones de poder” (RICHARD 2000: 26). El feminismo, en tanto gestor de nuevos lenguajes y significados, es portador de la tensión vivida durante la transición y, aunque dentro del pacto transicional se prometiera una mejora sustancial en la condición de las mujeres y su participación ampliada en el devenir democrático, lo cierto es que el deseo político de los discursos feministas “nunca estuvo en la voluntad de los sectores concertados para instalar la democracia en el país” (OLEA 1992: 30). Para Richard, esta categoría conceptual y teórica “se transformó en la asimilación de la potencia rebelde de las manifestaciones feministas de los años ochenta, siendo reducida a la aplicación de políticas públicas que relegaron durante muchísimos años temas clave en las agendas feministas” (GLAVIC 2019). Así, durante la década de 1980, y gracias al profundo aporte teórico-práctico-político de Julieta Kirkwood, el concepto de género formó parte importante de las líneas interpretativas con las que el feminismo estaba interrogando, radicalmente, a la sociedad. Sin embargo, la palabra género, utilizada de manera “maniquea” durante la transición, fue el mecanismo mediante el cual se buscó silenciar la radicalidad de la expresión “feminista”, además de “relegar a las mujeres y sus temáticas a espacios guetificados como servicios públicos o centros de estudios de género universitarios” (GLAVIC 2019).

Parte importante de esta transformación o usos “maniqueos” del concepto de género, proviene de la institucionalización del mismo y su despliegue dentro de un discurso de igualdad y amplitud de miras que ostentaron los gobiernos de la Concertación. Institucionalización que podemos pesquisar en un doble registro: el de las instituciones académicas que promovieron el debate sobre el género y, por otro lado, el de las instituciones gubernamen-

tales. Parte de la discusión por la incorporación –o cooptación como dirían algunas– de conceptualizaciones provenientes desde el feminismo, se agudizaron en el marco de los preparativos de la IV Conferencia Mundial de la Mujer, realizada en Beijing en 1995. Este evento movilizó a distintos sectores de la sociedad a levantar juicios sobre temas tales como: aborto, derechos reproductivos, igualdad de oportunidades, discriminación de género, género, entre otros. Sobre este último, el debate rondó en torno a la sospecha que la categoría “género” levantaba por su aparente carácter maleable que, para algunos, podría representar una virtud al permitir la incorporación de diversas identidades sin que estas se definan por el sexo, mientras que, para otros, representó la expresión de la desestabilización de los aspectos nucleares de la sociedad chilena, sobre todo en lo que respecta a la familia. Una familia constituida por un hombre y una mujer en la que no cabían otras formas de construcción de unidades relacionales y afectivas.

Desde una mirada crítica, Kemy Oyarzún, al observar la incorporación del concepto en el plano institucional universitario, se preguntó si “¿puede el género convertirse en carta ‘presentable’ y sustituirse de los feminismos radicales al interior de las instituciones?” (2002: 19). En ese sentido, la tensión que deviene de la masificación del género y su puesta a juicio público, radicó en: 1) las connotaciones y usos que tuvo desde la institucionalidad; 2) el desplazamiento del feminismo en pos del género, por ser un concepto, dentro de otras cosas, muy político y anidado en los sectores más radicales del movimiento social; 3) el género como una categoría que se vació de los contenidos que permitían trastocar la realidad. En suma, el debate sobre este concepto durante el período transicional, estuvo centrado en los usos y contenido, ya que mientras para el ámbito institucional implicaba una apertura restringida hacia temáticas que pusieron en tensión la agenda valórica de distintos sectores; para el movimiento social y algunas intelectuales, implicó una posibilidad desde donde abandonar los binarismos y construir sociedad desde la diferencia.

Así, tanto para el mundo feminista como para las entidades que anidaron y promovieron su desarrollo, la transición fue tanto “una camisa de fuerza que situó a las feministas en la ilegitimidad” (MATUS MADRID 2000: 9) cuando estas insistieron en cambiar el orden establecido, así como el “deseo muerto de lo que alguna vez la sociedad chilena esperó después de 17 años de dictadura” (OLEA 2019a: 17). En ese sentido, este fue un tiempo que se presentó, para Richard, como “un presente demasiado estacionario –de temporalidad uniforme y plazos indefinidos, sin vibraciones utópicas–” (1999: 17), en el que se neutralizaron, de manera ecléctica, las conflictividades que

generaron las experiencias suscitadas en las décadas anteriores. Bajo esta impronta de neutralizar los conflictos, Olea indica que, la transición no puso “en tela de juicio la macroideología patriarcal” (1992: 31).

En consistencia, el circuito analizado en este artículo y su despliegue en el período posdictatorial, implicó la construcción de un acervo conceptual que vinculó tres elementos importantes: la transición (escenario), el feminismo (desde donde emerge el sujeto y los contenidos en debate) y lo democrático (elemento en disputa por sus significados). Desde este vínculo se puso atención a temas como: la escritura de mujeres, el rescate de las experiencias de las organizaciones de mujeres durante la dictadura, a la tríada arte-género-política, a la búsqueda de democratización de la sociedad, a las disputas por el concepto de género, etc. Todo visto desde un plano interdisciplinario que conectó las reflexiones sobre el género y el feminismo con otras problemáticas como la posmodernidad, el neoliberalismo, la memoria, la subalternidad, los estudios culturales, los derechos humanos, entre otros. Sin embargo, el acervo conceptual que nace de todo eso, puso al centro la interrogante sobre la diferencia sexual, sus problemáticas, expresiones y marcos analíticos.

Desde esta óptica, las distintas reflexiones que surgieron de este circuito, se caracterizaron por analizar la realidad desde un punto de vista abiertamente feminista y en el que se buscaba subvertir los signos con el que se interpretaba, medía y significaba la realidad. Así, se operativizó un marco conceptual proveniente de los estudios de género y de la teoría feminista, tales como: sistema sexo-género, división sexual del trabajo, discriminación sexual, patriarcado, identidad, discriminación, etc., para erosionar la estructura patriarcal y dar cabida a nuevos códigos interpretativos desde los cuales performar la realidad.

Conclusiones

La propuesta de describir y analizar un circuito intelectual, cultural y político para pesquisar la difusión del feminismo en Chile durante la transición a la democracia, responde a la pretensión de acercarnos a las complejidades teóricas y prácticas que este campo suscita. Para que un pensamiento político se instale y genere performatividad, requiere de actores, de espacios, de redes y de materialidades. Sin estos elementos, le restamos historicidad tanto a los agentes como al contenido de sus demandas que, en este caso, constituyen un conjunto de reflexiones sustantivas de crítica a las prácticas políticas patriarcales, pero también al tipo de transición que se estaba construyendo,

sustituyendo las demandas y lenguajes radicales por políticas públicas que pretendieron, “en la medida de lo posible”, resolver los dilemas que se habían planteado al interior de este heterogéneo movimiento.

Dentro de la RCC, La Morada, RT y la ECP, el feminismo no aparece como un telón de fondo o como un segmento marginal, sino que ocupó parte importante de la producción cultural. Este circuito conectó las reflexiones sobre el feminismo, el género y la sexualidad, con las discusiones que se estaban gestando en otras latitudes, logrando trascender las fronteras de los debates nacionales. Por otro lado, el circuito hizo eco de las problemáticas que se debatían en el Chile de los 90 y comienzos del 2000, a raíz de las cuales se buscaron formas alternativas para denominar y representar la realidad compleja de la sociedad chilena que aun arrastraba el legado palpable de la dictadura.

La emergencia de nuevas categorías conceptuales, la incorporación analítica de la diferencia sexo-genérica, de identidades sexuales y la sexualidad como tema de debate político y no sólo íntimo, tuvo sus raíces en este circuito, que desde espacios relativamente pequeños, fue instalándose en revistas, performance, seminarios, congresos, programas radiales, boletines, cursos y cátedras universitarias, centros de estudios de género y, desde allí, incidiendo en la formación informal y formal de las nuevas generaciones de feministas.

Referencias bibliográficas

- ARAYA, Rebeca (1999). *Evaluación del proyecto de comunicación radial Radio Tierra*. Santiago: Centro de Negocios Comunicadores Asociados.
- BRITO, Eugenia (1990). “Los exilios padecidos”. *Revista de Crítica Cultural*, 2, 48.
- CASA DE LA MUJER LA MORADA (1989). *Proyecto de Radio*. Santiago: Archivo Mujeres y Géneros, Fondo La Morada, Archivo Nacional de Chile.
- CASTRO, Marcela (2011). “Cuarto Propio, espacio editorial en campo adverso. Entrevista a Marisol Vera”. *Mora*, 17, 143-148.
- DE GIORGI, Ana Laura (2019). “Democracia en el país y en la casa. Resignificaciones de la democracia desde el feminismo de izquierda en el Uruguay de los ochenta”. *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, vol. 10, 101-117.
- ELTIT, Diamela y ROSENFELD, Lotty (1989). “Introducción. La batalla cultural poblacional”, en V. Aguilera, *Hacer de la noche día*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2-3.

- FELIU, Verónica (2009). “¿Es el Chile de la post-dictadura feminista?”. *Estudios Feministas*, vol. 17, 3, 701-715.
- GÁLVEZ, Ana (2018). “Historia del movimiento feminista en Chile en el siglo XX y su quiebre en la posdictadura”, en J.I. Ponce, A. Pérez y N. Acevedo (comps.), *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena 1988-2018*. Valparaíso: Editorial América en Movimiento, 285-310.
- GLAVIC, Karen (2019). “Un deseo feminista en la Revista de Crítica Cultural”. Ponencia presentada en las *X Jornada de Historia de las Izquierdas*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas CeDinCi.
- GÓMEZ GROPPA, María Luz (2020). “Desobedientes: en torno a las narrativas de posdictadura, la memoria y el feminismo en Argentina”. *MILL-CAYAC – Revista Digital de Ciencias Sociales*, vol. VII, 12, 129-140.
- JAQUETTE, Jane (1996). “Los movimientos de mujeres y las transiciones democráticas en América Latina”, en S. Picado, A. Cançado Trindade y R. Cuéllar (coords.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos V*. San José: Instituto Interamericano de Derechos Humanos, 320-349.
- MATUS MADRID, Verónica (2000). “Presentación. Quince años de hacer morada de mujeres”, en R. Olea (ed.), *Escrituras de la diferencia sexual*. Santiago: LOM Ediciones y La Morada, 7-11.
- MOYANO, Cristina (2021a). “Cartografía genealógica de las ‘narrativas del malestar’. El Chile de la transición entre 1990-1998”. *Revista Historia*, Universidad de Concepción, vol. 1, 28, 482-513.
- MOYANO, Cristina (2021b). “Relatos políticos sociales durante la primera década de transición a la democracia en Chile: Campo político intelectual y performatividad, 1990-1998”. *Revista Representaciones*, vol. 5, 15, 25-52.
- MOYANO, Cristina y GARCÉS, Mario (eds.) (2020). *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- MOYANO, Cristina y PACHECO, Valentina (2022). “De márgenes e institucionalizaciones. Huellas del feminismo intelectual en la Revista de Crítica Cultural, Chile 1990-2007”. *Revista Divergencia*, 18, 56-79.
- OLEA, Raquel (1992). “La redemocratización: mujer, feminismo y política”. *Revista de Crítica Cultural*, 5, 30-32.
- OLEA, Raquel (2019a). “Prólogo. Escrituras en el tiempo: Crónicas de Carmen Berenguer”, en C. Berenguer, *Crónicas en transición. Los amigos del barrio pueden desaparecer*. Talca: Editorial Universidad de Talca, 15-22.

- OLEA, Raquel (2019b). *Variaciones. Ensayos sobre literatura y otras escrituras*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- OLEA, Raquel (2000a). “Femenino y feminismo en transición”, en *Escrituras de la diferencia sexual*. Santiago: LOM Ediciones y La Morada, 53-60.
- OLEA, Raquel (2000b). “Prólogo editorial”, en *Escrituras de la diferencia sexual*. Santiago: LOM Ediciones y La Morada, 5-6.
- OYARZÚN, Kemy (1996). “Introducción. Revista Nomadías: saberes críticos de género”. *Revista Nomadías*, 1, 7-9.
- OYARZÚN, Kemy (2002). “Los malestares del ‘género’; institucionalización de las diferencias y crisis de la res/pública”. *Revista de Crítica Cultural*, 25, 19-22.
- PACHECO PARRA, Valentina (2016). “Articulación de demandas a la democracia y producción intelectual en el movimiento de mujeres durante la década de 1980 en Chile”. *Revista de Historia*, Universidad de Concepción, vol. 2, 23, 145-166.
- PACHECO PARRA, Valentina (2020). “Movimiento Social de Mujeres: Un acercamiento a la participación política Femenina y a la producción de conocimiento sobre la condición de la mujer en Chile, 1978-1989”, en C. Moyano y M. Garcés (eds.), *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 109-150.
- PALESTRO, Sandra (1991). *Mujeres en movimiento 1973-1989*. Santiago: FLACSO.
- POBLETE, Juan (2007). “Cultura, neoliberalismo y comunicación ciudadana: el caso de la Radio Tierra en Chile”, en A. Grimson (comp.), *Cultura y neoliberalismo*. Buenos Aires: CLACSO, 241-263.
- PRADO, Nadia (1996). “La propia voluntad de la escritura”. *Revista de Crítica Cultural*, 13, 56-57.
- REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL (1996). “Los estudios de género en las universidades chilenas”. *Revista de Crítica Cultural*, 12, 30-31.
- RICHARD, Nelly (1990). “Estética de la oblicuidad”. *Revista de Crítica Cultural*, 1, 6-8.
- RICHARD, Nelly (1999). “Reescrituras, sobreimpresiones: las protestas de mujeres en la calle”. *Revista de Crítica Cultural*, 18, 17-20.
- RICHARD, Nelly (2000). “Revueltas femeninas y transgresiones de símbolos”. *Revista de Crítica Cultural*, 21, 24-26.
- RICHARD, Nelly (2001). “La problemática del feminismo en los años de la transición”, en D. Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*. Buenos Aires: CLA-

- CSO, 227-239.
- RÍOS, Marcela; GODOY, Lorena y GUERRERO, Elizabeth (2020). ¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile *posdictadura*. Santiago: Historiográfica.
- SOSA GONZALEZ, María Noel (2020). *De la orfandad al linaje. Hacia una genealogía de las luchas feministas del Uruguay post-dictadura*. Tesis doctoral, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades.
- TARDUCCI, Mónica y DAICH, Deborah (2018). *Mujeres y feminismos en movimiento. Politizaciones de la vida cotidiana*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.
- TARDUCCI, Mónica; TREBISACCE, Catalina y GRAMMÁTICO, Karin (2019). *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Espacio Editorial.
- TESSADA, Vanessa (2013). “Democracia en el país y en la casa. Reflexión y activismo feminista durante la dictadura de Pinochet (1973-1989)”. *Cuadernos Kóre. Revista de historia y pensamiento de género*, 8, 96-117.
- TILLE-VICTORICA, Nancy (2017). “Bibliodiversidad y género en América Latina: El valioso modelo de la Editorial Cuarto propio en Chile”. *The Latin Americanist*, vol. 61, 1, 93-108.
- TORTEROLO, María José (2011). *Mujeres uruguayas en dictadura. Aportes desde su accionar colectivo*. Tesis de grado, Universidad de la República (Uruguay), Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Trabajo Social.
- VERA, Marisol (2013). “Desde LASA”. *Debate Feminista*, vol. 48, 187-194.
- ZAMORANO DÍAZ, César (2014). “*Revista de Crítica Cultural: recomposición de una escena cultural*”. *Taller de Letras*, 54, 181-192.